ceptuaba Quasimodo de su malicia y de su odio á las demás, y á quien amaba tanto, más tal vez que á su catedral. Esta era Claudio Frollo.

Y era esto muy natural: Claudio Frollo le había recogido, le había adoptado, le había criado, le había educado. Siendo niño, acostumbraba refugiarse entre las piernas de Claudio Frollo cuando le acosaban los perros y los muchachos, Claudio Frollo le había enseñado á hablar, á leer, á escribir; Claudio Frollo, en fin, le había hecho campanero; y dar por esposa á Quasimodo la gran campana María, era dar á Romeo su Julieta.

Por eso el reconocimiento de Quasimodo era profundo, apasionado, sin límites; y aunque el rostro de su padre adoptivo casi siempre era nebuloso y severo, aunque era su voz habitualmente breve, dura, imperiosa, jamás se desmintió un solo momento aquel reconocimiento. Tenía el arcediano en Quasimodo el esclavo más sumiso, el criado más dócil, el más vigilante perro. Cuando se quedó sordo el pobre campanero, estableciose entre él y Claudio Frollo un idioma de signos misteriosos y en que ellos solos se entendían; y de este modo, el arcediano fué el único sér humano con quien conservó Quasimodo alguna comunicación. No tenía relaciones en este mundo más que con dos cosas; Nuestra Señora y Claudio Frollo.

Nada es comparable al imperio que ejercía el arcediano sobre el campanero, al afecto del campanero hacia el arcediano: hubiera bastado una simple indicación de Claudio y la idea de agradarle para que se precipitara Quasimodo desde lo alto de las torres de Nuestra Señora. Era una cosa singular ver toda aquella fuerza física, desarrollada en Quasimodo hasta un grado tan extraordinario, y puesto por él tan ciegamente á disposición de otro. Había allí seguramente amor filial y lealtad doméstica; había también fascinación de un alma producida por otra alma; una organización pobre, infeliz é imperfecta que se humillaba suplicante y sumisa delante de una inteligencia alta y profunda, poderosa y superior; y en fin, más que nada era gratitud, gratitud llevada á tal extremo que no sabemos á qué compararla. No es esta virtud de aquellas cuyos más brillantes ejemplos se encuentran entre los hombres; y así diremos que Quasimodo amaba al arcediano como nunca amó á su amo ningún perro, ningún caballo, ningún elefante.

V

Continuación de Claudio Frollo

En 1482, tenía Quasimodo unos veinte años, Frollo unos treinta y seis. El uno había crecido, el otro había envejecido.

No era ya Claudio Frollo el simple estudiante del colegio de Torchi; el tierno protector de un niño; el joven y caviloso filósofo que sabía muchas cosas é ignoraba otras muchas. Era un sacerdote austero, grave, pensativo; un director de almas, el señor arcediano de Josas, el segundo acólito del obispo, encargado de los dos deanatos de Montlhery, y de Chateaufort, y de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personaje imponente y sombrío, delante de quien temblaban los niños de coro con sus albas y chaquetillas, los cantores de Iglesia, los cofrades de San Agustín, los clérigos matutinos de Nuestra Señora, cuando pasaba lentamente bajo las altas ojivas del coro, majestuoso, meditabundo, cruzados los brazos y tan inclinada la cabeza sobre el pecho que no se veía de su rostro más que su ancha frente calva.

Don Claudio Frollo no había abandonado por eso

ni la ciencia, ni la educación de su hermano menor, aquellas dos ocupaciones de su vida; pero el tiempo mezcló alguna amargura á estas cosas tan dulces. A la larga, dice Pablo Diacre, el mejor tocino se vuelve rancio. El tal Juanito Frollo, apellidado del Molino á causa del sitio en que se había criado, no creció en la dirección que quiso imprimirle Claudio: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto, digno; pero su señor hermanito, como aquellos tiernos árboles que burlan los esfuerzos del jardinero, y se vuelven con tenacidad hacia el sitio de donde les viene el aire y el sol, no extendía anchos ramos pomposos y floridos más que por el lado de la pereza, de la ignorancia y de la crápula. Era un verdadero diablillo, muy desordenado, lo que hacía fruncir las cejas á don Claudio, pero muy socarrón y muy sutil, lo que hacía sonreir al hermano mayor. Habíalo confiado Claudio al mismo colegio de Torchi donde había pasado sus primeros años en el estudio y el retiro; y fué un dolor para él que aquel santuario se viese actualmente escandalizado por el nombre de Frollo que fué algún día su edificación. Echaba por ello algunas veces á Juan largos y severos sermones que escuchaba éste con intrepidez, porque á pesar de todo tenía buen corazón el picarillo, como es uso y costumbre en todas las comedias. Pero, pasado el sermón, no dejaba por eso de proseguir impávido el curso de sus sediciones y enormidades. Ya llegaba á don Claudio la noticia de que había zurrado á un novato (llamábanse así los recién entrados en la Universidad) por su bien venida; tradición preciosa que se ha perpetuado cuidosamente hasta nuestros días. Ya la de que había dado caza á una tropa de estudiantes, los cuales se habían clásicamente refugiado en una tabernilla, *quasi clasico excitati*, y habían apaleado al tabernero «con estacas ofensivas» y saqueado alegremente la casa hasta el punto de desfondar los barriles en la bodega. Ya le llegaba un erudito parte en latín que presentaba el vice-director de Torchi todo mohino á don Claudio con esta dolorosa apostilla: *risa*; *prima causa vinum optimum potatum*. Decíase en fin (horror en un muchacho de dieciséis años) que sus demasías se extendían tal vez hasta la calle de Slatigny.

Contristado por todo esto y desanimado Claudio en sus afectos humanos, se echó con más pasión que nunca en los brazos de la ciencia, hermana cariñosa que al menos no se os ríe en las barbas y que paga siempre, aunque en moneda algunas veces un poco hueca, los cuidados que se la dedican. Fué, pues, llegando á ser cada vez más sabio y al mismo tiempo, por una consecuencia natural, cada vez más rígido como sacerdote, cada vez más adusto como hombre. Hay, para cada uno de nosotros, ciertos paralelismos entre nuestra inteligencia, nuestras costumbres y nuestro carácter, que se desarrollan sin discontinuidad, y no se rompen más que en los grandes trastornos de la vida.

Como Claudio Frollo había recorrido en su juventud el círculo casi entero de los conocimientos humanos, positivos, exteriores y lícitos, preciso le fué á menos de pararse *ubi defuit orbis*, preciso le fué repetimos, ir más allá y buscar otros alimentos á la insaciable actividad de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente que se muerde la cola, á nada es más aplicable que á la ciencia, y parece que Claudio Frollo lo había conocido. Personas muy graves aseguraban que después de haber agotado el *fas* del saber humano, había osado penetrar en el *nefas;* decíase que había probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia y que, por hambre ó por hastío, había acabado por hincar el diente en el fruto vedado. Ya han visto nuestros lectores que había ido

tomando parte en las conferencias de los teólogos de la Sorbona, en las asambleas de los filósofos en la imagen de San Hilarión, en las disputas de los decretistas en la imagen de San Martín, en las congregaciones de los médicos en la pila de Nuestra Señora, *ad cupam nostrae Dominae*. Todos los manjares lícitos y aprobados que podían condimentar y servir á la inteligencia aquellas cuatro grandes cocinas, llamadas las cuatro facultades, los había devorado él, y antes de saciar su hambre le llegó el hastío. Ahondó entonces más y más aquella ciencia no infinita, material, limitada; aventuró acaso su alma y se sentó en la caverna á aquella mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrológos, de los herméticos, una de cuyas extremidades ocupan Averroes, Guillermo de París y Nicolás Flamel en la edad media, y que se prolonga en el oriente al resplandor del candelabro de siete brazos, hasta Salomón, Pitágoras y Zoroastro.

Esta era á lo menos la voz pública con razón ó sin ella.

Verdad es que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, donde habían sido enterrados sus padres, con las otras víctimas de la peste de 1466; pero también lo es que mostraba menos devoción á la Cruz de su hoyo, que á las extrañas figuras que cubrían el sepulcro de Nicolás Flamel y de Claudio Pernelle, construído junto á él!

Verdad es que muchas veces se le había visto á lo largo de la calle de los Lombardos, y entrar furtivamente en una casita que hacía esquina á la calle de los Escritores y á la de Marivaux; aquella era la casa que había construído Nicolás Flamel, y donde murió en 1417, y que, siempre desierta desde entonces, empezaba á arruinarse; tanto habían desgastado sus paredes con sólo grabar en ellas sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los países! Aseguraban además

algunos vecinos que habían visto varias veces por cierta ventanilla al arcediano socavando y removiendo la tierra en aquellos dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de versos y jeroglíficos infinitos, escritos por el mismo Nicolás Flamel. Se suponía que había enterrado éste la piedra filosofal en aquellos sótanos, y los alquimistas no han cesado de remover su suelo, durante dos siglos desde Majistri hasta el Padre *Pacifique*, acabando al fin la casa, tan cruelmente atarazada, por reducirse á polvo bajo sus pies.

Verdad es también que el arcediano miraba con una especie de veneración singular la portada simbólica de Nuestra Señora, aquella página cabalística escrita en piedra por el obispo Gillermo de París, el cual sin duda murió condenado por haber puesto un frontispicio tan infernal en el santo poema que eternamente canta el resto del edificio. El arcediano Claudio pasaba por haber profundizado el coloso de san Cristóbal, y aquella larga estatua enigmática que se alzaba entonces á la entrada del atrio y de la que se mofaba el pueblo en su lenguaje llamándole *Monsieur Legris*. Pero lo que todos habían podido observar era las interminables horas que pasaba muchas veces sentado en los pedestales del atrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando ya las doncellas locas con sus lámparas boca abajo, ya las doncellas virtuosas con sus lámparas derechas, calculando otras veces el ángulo de la mirada de aquel cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso donde seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Flamel. Era por cierto, y sea dicho de paso, un destino singular para la iglesia de Nuestra Señora en aquella época, el ser de aquel modo amada en grados tan diferentes y con tanta devoción por dosseres tan desemejantes como Claudio y Quasimodo. Amada por el uno,

especie de semihombre instintivo y salvaje, por su belleza, por su estatura, por las armonías que se desprenden de su magnífico conjunto; amada por el otro, sabia imaginación y apasionada, por su significación, por su poesía, por el sentido que encierra, por los símbolos esparcidos sobre las esculturas de su fachada, como el primer texto bajo el segundo en un palindromo en una palabra, por el enigma que eternamente propone á la inteligencia.

Verdad es, en fin, que el arcediano se había apropiado en aquella de las dos torres que mira á la Gréve, inmediata al campanario, una celdita muy secreta, donde era voz general, que nadie entraba sin su licencia, ni aun el obispo. Aquella celda había sido hecha en otro tiempo, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, por el obispo Hugo de Besançon, quien en algún tiempo había hecho en ella sus maleficios y hechicerías. Lo que contenía aquella celda, nadie lo sabía; pero muchas veces se había visto desde las orillas del Terreno, durante la noche, en una ventanilla que tenía la celda á espaldas de la torre, brillar, apagarse y volver á lucir en intervalos breves é iguales un resplandor rojizo, intermitente, singular, que parecía seguir las aspiraciones continuas de un fuelle, y proceder más bien de una llama que de una luz. En la sombra, á tanta altura hacía aquello un efecto extraordinario; y las viejas decían:—Ahí está soplando el arcediano! allá arriba brilla el infierno.

No había en todo esto, al fin y al cabo, grandes pruebas de brujería, pero no faltaba bastante humo para suponer que hubiese fuego; y el arcediano tenía una reputación formidable. Debemos decir sin embargo que las ciencias de Egipto, que la nigromancia, la magia, hasta la más blanca é inocente, no tenían enemigo más encarnizado, acusador más desapiadado que él; y ya fuese sincero horror ó astucia de ladrón que

grita ¡ladrones! no impedía esto que fuese considerado el arcediano por las doctas cabezas del cabildo como un alma aventurada en el vestíbulo del infierno, perdida en las cavernas de la cábala, que andaba á tientas en las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo era de la misma opinión: para todo hombre algo sagaz, Quasimodo pasaba por el demonio, Claudio Frollo por el hechicero; y era cosa evidente que el campanero debía servir al arcediano durante un tiempo dado, al cabo del cual se llevaría su alma á guisa de pagamento. Por eso el arcediano, á pesar de la excesiva austeridad de su vida, estaba en mal olor entre las buenas almas, y no había nariz de devota por inexperta que fuese que no le hallase cierto olor de brujería.

Y si, envejeciendo, se habían formado abismos en su saber, habíanse también formado en su corazón; así era de presumir á lo menos viendo aquel rostro por el cual transpiraba su alma al través de una nube sombría. De dónde le venían aquella ancha frente calva, aquella cabeza siempre inclinada, aquel pecho siempre agitado por los suspiros? Qué secreto pensamiento hacía sonreir su boca con tanta amargura en el momento mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban como dos toros que van á pelear? Por qué sus ralos cabellos eran ya grises? Qué fuego interior era aquel que brillaba á veces en su mirada, de modo que sus dos ojos parecían dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Estos síntomas de una violenta preocupación moral habían adquirido sobre todo un alto grado de intensidad en la época á que se refieren estos sucesos. Más de una vez habían huído los niños de coro, aterrados de hallarle solo en la iglesia, al ver sus extrañas y centelleantes miradas; más de una vez, en el coro, en la hora de los oficios, su vecino de silla le había oído mezclar el canto llano *ad omnen tonum* paréntesis ininteligibles: más de una vez la curadora de lienzos del Terreno,

encargada de «lavar el cabildo» había observado, no sin espanto, señales de uñas y de dedos crispados en las sobrepellices del señor arcediano de Josas.

Aumentaba, no obstante, la severidad de su vida, y nunca había sido más ejemplar en su conducta. Por estado, como por carácter, había vivido siempre lejos de las mujeres, y á la sazón parecía aborrecerlas más que nunca. El simple crujir de una falda de seda hacía caer sobre sus ojos la capucha de sus hábitos: era sobre este punto tan rigoroso en su austeridad, que cuando la Señora de Beaujeu, hija del rey, fué en diciembre de 1481 á visitar el claustro de Nuestra Señora, se opuso muy formalmente á su entrada, recordando al obispo el estatuto del Libro-Negro, fechado en la víspera de San Bartolomé en 1334, que veda el acceso del claustro á toda mujer «cualquiera que sea, vieja ó joven, señora ó camarera.» Con cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el canon del legado Odo, que exceptúa á ciertas grandes Señoras, *alicuæ magnates mulieres cuæ sine scandalo evitari nos possunt.* Y á pesar de todo protestó el arcediano, objetando que el canon del legado, que ascendía al 1207, era anterior en ciento veintisiete años al Libro-Negro, y que estaba por lo tanto anulado de hecho por él; y se negó á presentarse ante la princesa.

Observábase además que su horror á las gitanas y á los gitanos parecía haber aumentado infinito en aquellos últimos tiempos. Había solicitado del obispo un edicto que prohibiera expresamente á las gitanas el ir á bailar y cantar en la plaza del atrio; y hacía algún tiempo que se ocupaba en registrar los empolvados archivos de la oficialidad de justicia, á fin de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados al fuego ó á la cuerda por complicidad de maleficios con con machos cabríos, marranas y cabras.

VI

Impopularidad

El arcediano y el campanero, ya lo hemos dicho, no eran del todo bien quistos entre el populacho de los alrededores de la catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salían juntos, lo que sucedía con frecuencia y se los veía atravesar juntos, el criado detrás del amo, las calles estrechas y sombrías de aquellos contornos, más de una palabra mala, más de un saludo irónico, más de un insultante equivoquillo los perseguían al paso, á menos que Claudio Frollo, lo que rara vez acontecía, llevase la cabeza derecha y erguida, mostrando su frente severa y casi augusta á los zumbones confundidos.

Ambos estaban en su barrio como los «poetas» de que habla Regnier.

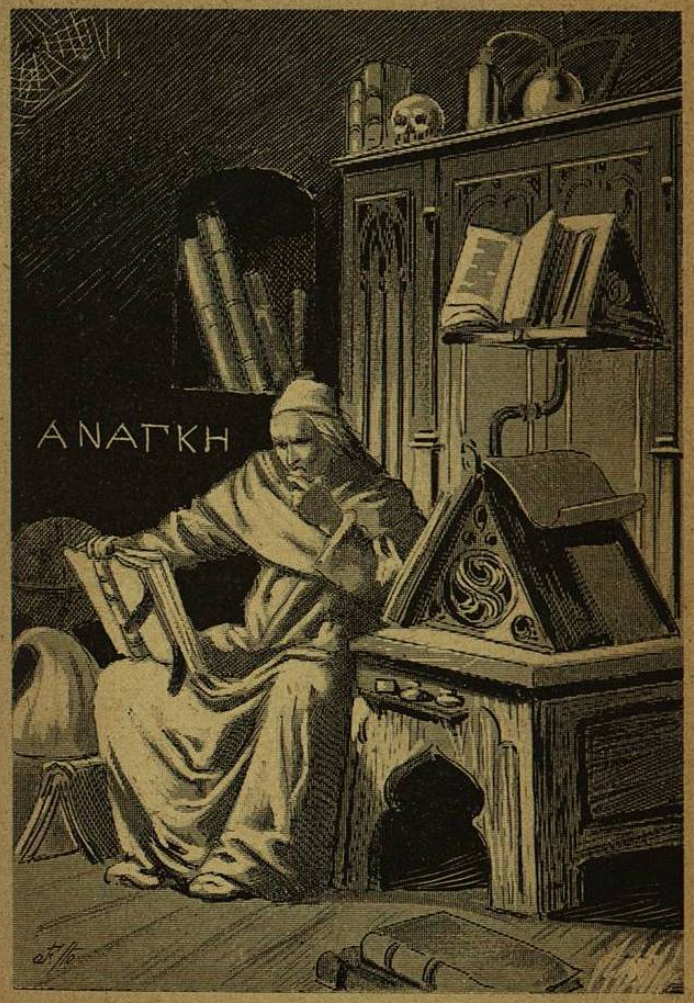
Todos y todas, siguiendo
A los poetas, azuzan,
Como detrás de los buhos
Van chillando las currucas.

Ya un travieso arrapiezo arriesgaba sus huesos y su carne por tener el inefable placer de hincar una aguja en la joroba de Quasimodo: ya una muchachuela descarada y desenvuelta más de lo que hubiera sido menester, rozaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole debajo de las narices el cantar sardónico: *Niche, niche, le diable est pris.*

A veces un grupo escuálido de viejas acurrucadas y esparcidas á la sombra sobre los escalones de un portal, refunfuñaba al pasar el arcediano y el campanero, y les echaba renegando este amable saludo «Hum! el alma de ese se parece al cuerpo de esotro!» ó una ban-

dada de estudiantes y de pillos que estaban jugando á la coscogilla, se levantaba en masa, y los saludaba clásicamente con alguna zumba en latín: *Eja! eja! Claudius cum claudo!*

Pero las más de las veces pasaba la injuria desapercibida: para oir todas aquellas lindezas Quasimodo era demasiado sordo, y Claudio demasiado pensador.



Claudio Frollo, en su cuarto de estudio.